

## Sucesión Presidencial

# La Sombra de Henríquez

POR LORENZO MEYER

**L**AS especulaciones están a la orden del día en torno al futuro político de México en el corto y el largo plazo. La sucesión presidencial de 1988 suscita interés no sólo por las razones de siempre —¿quién va a gobernar?—, sino por otras aún más importantes: ¿cómo va a gobernar? Lo que va a estar en juego dentro de dos años no es sólo la vida política de un sexenio más, sino la opción de largo plazo, pues a querer que no, ese va a ser el periodo en que se decidirá si el sistema político mexicano se va a abrir a una modernización democrática o se va a cerrar en un intento por resolver su crisis por la vía autoritaria. Ante la disyuntiva, el gobierno actual se decidió por no decidir, pero el próximo ya no podrá darse tamaño lujo.

★

**E**N una mesa redonda en la Universidad de Guadalajara, en donde se abordaron los temas señalados en el párrafo anterior, Jaime Sánchez Susarrey trajo a colación algunas de las similitudes entre la coyuntura actual y aquella que se dio al final del gobierno de Miguel Alemán. En efecto, el surgimiento de la llamada "corriente democrática" dentro del PRI —al margen y en contra de la voluntad de quienes son los dirigentes formales del partido dominante— lleva de manera natural a revisar la experiencia del henriquismo en 1952. Como se recordará, esa fue la última ocasión en que una sucesión presidencial estuvo marcada por la aparición de una corriente dentro del partido oficial que exigió abiertamente ser tomada en cuenta. El dirigente de ese grupo fue el general Miguel Henríquez Guzmán, quien un

sexenio antes ya había dado claras muestras de estar dispuesto a llegar a la presidencia aun en contra de la voluntad del presidente.

Miguel Alemán hizo a un lado las pretensiones de los henriquistas y en cambio dio todo su apoyo a su paisano y secretario de Gobernación: Adolfo Ruiz Cortines. Como el tiempo corria en contra de los militares que deseaban ser presidentes, el general Henríquez y

sus seguidores decidieron acogerse a una tradición de la "familia revolucionaria"; a esa que llevó a Obregón a rechazar la decisión de Carranza con respecto a la sucesión, a De la Huerta la de Obregón, a Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez la de Calles, a Vasconcelos también la de Calles, a Almazán la de Cárdenas y a Padilla la de Avila Camacho.

La inconformidad de Henríquez Guzmán frente a la suprema manifestación del poder presidencial en México —la de escoger a su sucesor—, llevó a una nueva derrota de los inconformes y al fin de la tradición a la que se habían acogido. A partir de entonces se consolidó otra tradición, la de acatar la decisión presidencial aun y cuando fuera en contra de las aspiraciones personales, tal y como en su momento lo habían hecho Aarón Sáenz o Francisco J. Mújica, entre otros. Hoy todos sabemos de secretarios de Estado o regentes de la capital que por debajo de la mesa movieron inútilmente sus piezas para "inducir" en su favor la suprema decisión presidencial.

★

**D**ESDE 1958 ninguno de ellos permitió que la frustración de sus deseos lo llevara a indisciplina, de ahí que una de las más notables características de los militantes del Partido Revolucionario Institucional en los últimos treinta años haya sido una obediencia "a la soviética" frente a las decisiones superiores, sobre todo ante las que provienen del "jefe nato" del partido: el señor Presidente.

Es ley natural que todo se tiene que acabar, y las tradiciones de los partidos no son excepción. Lo que Sánchez Susarrey y muchos otros nos preguntamos ahora es si la llamada "corriente democrática" del PRI —que tiene en su haber mucho de corriente y poco de democrática— es o no el principio del fin de la forma de nombrar al sucesor que inauguró el Presidente Ruiz Cortines en el año 1958.

Sólo el tiempo —y no mucho— nos permitirá saber si la "corriente democrática" del PRI es algo más que una pasajera indisciplina de un grupo de políticos profesionales que llegaron a puestos muy altos a una edad relativamente temprana en los sexenios de Luis Echeverría



y José López Portillo y que hoy, aun llenos de energía y ambición, se sienten definitivamente marginados por otros políticos, también jóvenes, que de manera implícita les echan en cara su responsabilidad por la ineficiencia y corrupción que prevalecieron en esos dos sexenios en que dominó un falso populismo (el único verdadero entre nosotros ha sido el de Lázaro Cárdenas), que fue causa directa de la crisis que hoy vive el país.

Los integrantes de la "corriente democrática" parecen decirnos que la única manera de superar tanto la crisis económica como la política consiste en echar

a andar desde arriba cambios profundos en la forma y el contenido del ejercicio del poder. Ellos se presentan como los mejor dispuestos a llevar a México por la vía del cambio, de ese cambio que este sexenio no ha querido hacer. Además, los "democráticos" parecen considerar que la crisis económica ha provocado un debilitamiento relativo del poder presidencial y que por ello su atrevimiento al adelantar el calendario de la sucesión puede transformarlos, no en un grupo herético y apestado, sino en una fuerza que deberá de ser tomada en cuenta por un partido al que le falta legitimidad y le sobran problemas.

El Presidente puede hacer frente a la "corriente democrática" de muchas maneras. Una puede ser simplemente la de aplicarle la misma receta que tan buen resultado dio en Chihuahua, Durango y Oaxaca frente a la oposición externa: ignorarla e imponer a como dé lugar la decisión del centro. Otra, muy distinta, puede ser la de negociar de tal forma que el próximo presidente sea, entre otras cosas, un conciliador entre las diversas corrientes que hoy albergan el Estado y el PRI, y que van desde los neopopulistas hasta quienes están empeñados en dismantelar el viejo "Estado interventor" que entró en crisis acompañado de las lágrimas de López Portillo en 1982. Esta tradición existe: entre Múgica y Almazán, Cárdenas se decidió por Avila Camacho.

Desde mi punto de vista,

el desenlace más interesante para la sociedad en su conjunto —aunque no el más probable— sería que las contradicciones que hoy se manifiestan en el seno del PRI lleven a una decisión interna de tal naturaleza que sólo se pueda resolver con la aparición de otro partido, tal y como sucedió en 1952 con el henriquismo. Si tal cosa ocurriera, podría abrirse en México un espacio político hasta ahora inexistente y surgir de ahí un verdadero sistema de partidos, elemento indispensable para hacer entrar a México, por fin, en el camino de la democracia. Pero como ya quedó apuntado antes, es probable que la "corriente

democrática" sea aplastada por el poder presidencial y todo lo dicho aquí se quede

en un mero ejercicio de especulación. En poco tiempo lo sabremos.